

¿EXISTEN AÚN MODELOS ALTERNATIVOS? CUBA: EL DESARROLLO Y EL NUEVO CONTEXTO INTERNACIONAL*

No quisiera que mi referencia al modelo se asumiera con un carácter estrictamente económico, pues pienso que se impone hablar de sistema de dirección de la sociedad más que de sistemas de dirección de la economía y, en consecuencia, de modelo social más que de modelo económico. La visión restrictiva de las definiciones, tanto desde las perspectivas del tecnicismo económico como del determinismo atribuido a Marx, ha mostrado propender a que se pierda de vista la inteligencia del fenómeno histórico social.

Los procesos de industrialización sustitutiva que prevalecieron en el seno de las repúblicas del continente desde la década del treinta y que fueron relegados progresivamente desde los años setenta por el auge de las concepciones liberales, se han visto sometidos a una contabilidad equívoca de su fracaso.

Me interesa destacar que la industrialización sustitutiva en el contexto de una economía socialista y centralmente planificada es ajena a la experiencia del fracaso del modelo en el continente, y se presenta hoy como variante en nuestro he-

* Ponencia presentada en el Coloquio “América Latina. Los caminos de la democracia”, celebrado en París bajo los auspicios del Instituto de Altos Estudios sobre América Latina y Médicos del Mundo, el 12 de mayo de 1990.

misferio solamente en el proceso cubano, enmarcada en las prioridades del incremento de las exportaciones, la reducción de las importaciones y el aumento de la liquidez.

En los 30 años que tiene nuestro proyecto nacional, el propósito de alcanzar el nivel máximo posible de autosuficiencia a partir de una economía socializada ha sido una constante, cualesquiera que hayan sido las coordenadas del momento. Los años sesenta fueron de mayor tanteo y confrontación de opciones. Prevalció de inicio la tendencia centralizadora que sufrió hacia finales de la década los efectos contraproducentes de una desconexión brusca y errática de los mecanismos del mercado interno. Esta falta de realismo fue sometida a revisión crítica a comienzos de la década del setenta. El quinquenio que siguió fue de restablecimiento de estos mecanismos y preparatorio de la adopción del modelo de mercado en el marco de los esquemas dominantes en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME).

En el mismo período, y paralelamente, se produjo un proceso de institucionalización política, no exento de defectos relacionados con el formalismo dominante en la experiencia esteuropea, pero también comportó desde entonces un marcado ingrediente nacional y una inspiración democrática genuina a la que me referiré después.

El modelo del CAME, al cual Cuba había sido reticente en la década del sesenta, mostró ineficiencia en las dos latitudes. Y en todas las experiencias socialistas se ha puesto a la orden del día la recapitulación. Pero lo primero que se evidencia es que la singularidad y la independencia de la búsqueda es ahora un imperativo real.

Durante estos 30 años de construcción social, Cuba ha tenido que proyectar y construir su sociedad en una dinámica de cambio lastrada por dos constantes: 1) la del subdesarrollo, común en mayor o menor medida a todos los países del continente; 2) la del bloqueo de los Estados Unidos, denominador principal de una política de hostilidad, que se ha convertido en la presencia singular de mayor incidencia negativa en la eco-

nomía cubana. Sean cuales fueren las coordenadas del cambio, el voluntarismo norteamericano no parece dispuesto a desbloquear la iniciativa de un proyecto nacional socializado y de vocación netamente autárquica.

La ayuda soviética, calculada a partir de la gratuidad del suministro de armamento y el saldo beneficioso de un intercambio conveniado al margen del deterioro que tiene el mercado internacional para los países subdesarrollados, ha jugado y juega un importante rol compensatorio de la incidencia del bloqueo. Cabe aclarar, no obstante, que dicha ayuda, equivalente en monto a la que los Estados Unidos entregan a Israel, se realiza en la modalidad de un trueque recíprocamente beneficioso, y no como un torrente de divisas.

En estas condiciones, y en una coyuntura en que la visión del socialismo como sistema internacional se desarticula, o al menos se reordena en una perspectiva de debilitamiento incuestionable, adquiere prioridad el replanteo del proyecto social.

Entra entonces en agenda el tema de la definición de los términos del replanteo: ¿*centralización* o *descentralización*?, ¿*mercantilismo* o *economía centralmente planificada*?, ¿*autoritarismo* o *democracia*?, ¿*monolitismo* o *pluralismo*?, ¿*unipartidismo* o *pluripartidismo*?, ¿*liberalismo* o *control estatal*? Estos son los dilemas en que se traduce mundialmente el problema a la opinión pública. Pero en el fondo no son los dilemas verdaderos. No son expresivos de la heterogeneidad real del debate, sino de una salida unilateral, en la cual el socialismo queda identificado con todos los calificadores del fracaso y la frustración, y su reversión con todas las virtudes y bonanzas que de sobra se sabe que la sociedad occidental, o mercantil, o burguesa, ha sido incapaz de aportar. Al menos en el mundo no desarrollado y dependiente.

Cuba ha sido renuente al replanteo en estos términos y también al desmontaje del proyecto socialista vivido en otros lugares. Ningún economista de Europa oriental puede afirmar que las reformas comenzadas en 1986 hayan reportado aún

un saldo positivo en cuanto a eficiencia, y sí severas complicaciones políticas y sociales.

Tampoco he leído a un solo estudioso latinoamericano serio que no reconozca que el liberalismo dominante enfatiza el efficientismo, el predominio absoluto de la inmediatez y la ausencia de orientación a largo plazo. El liberalismo no es una alternativa, sino la dejación de la búsqueda de sistemas alternativos en aras de soluciones rápidas. Y en este esquema se acrecienta cada vez más la depauperación de las masas explotadas, el marginalismo, la falta de justicia social, la impotencia de los estados democráticos para controlar el curso económico y la deslegitimación de la política como gestión. La articulación del poder corporativo, nacido del proyecto neoliberal, con la democracia social, puede exhibir una dinámica funcional en los países de alto desarrollo, pero en el subdesarrollo la liberación se hace expresiva, en la práctica, sobre todas las cosas, de las libertades que conducen a sectores crecientes de la población a una miseria recurrente. La desesperación ha dado ya sus primeras manifestaciones de violencia en nuestro continente.

La gran enfermedad latinoamericana (y del Tercer Mundo) no depende del grado de democratización o autoritarismo. No hay que confundir el foco maligno con las metástasis.

No existe una razón válida desde el Sur ni desde el Este para que Cuba se vea alentada a liberalizar su proyecto social en el cauce del mercantilismo, y mucho menos, de la reprivatización de su economía.

El desafío del fin de este siglo representa, para Cuba, que además de las limitantes del subdesarrollo (incluidos los efectos de la deuda externa), la estructura desfavorable del mercado mundial, y las del bloqueo, tendrá que afrontar las perspectivas del deterioro creciente de los términos de intercambio con los países del Este, lo cual se relaciona equívocamente con un llamado proceso de "aislamiento de Cuba".

Lo primero que habría que preguntarse es si una liberalización al estilo de Occidente cambiaría algo. La respuesta será

evidentemente negativa. No remontaría con ello el subdesarrollo (a lo sumo se podría lograr algún alivio crediticio inmediateista análogo a los que el Club de París ha propiciado a otros deudores). No aseguraría la eliminación del bloqueo (Nicaragua no lo logró ni con economía mixta, ni con pluripartidismo, ni con tolerancia a la oposición, sino sólo con el relevo del sandinismo). No podría frenar un deterioro de los términos de intercambio con los países del CAME, pues este deterioro se vincula con las reformas de estos países y no con las que tengan lugar en Cuba.

Otra dimensión del llamado “aislamiento” es la que se puso de manifiesto en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU en Ginebra en marzo pasado, cuando Bulgaria y Hungría votaron a favor de la proposición de los Estados Unidos de considerar a Cuba un “caso especial”. Es un efecto claro del paso del bipolarismo al unipolarismo, que el deterioro de la situación mundial precipite acciones de compromiso. Pero tampoco en este sentido la lectura ponderada de los hechos puede desconocer el avance de un consenso latinoamericano hacia la necesidad de que se respete el proyecto nacional cubano en la región, patente en actitudes favorables hacia el reingreso de Cuba a la OEA, y el incremento de contactos interestatales, transacciones comerciales, e intercambios de diversos géneros.

En general hay que reconocer que nos hallamos ante una década poco promisorio. Pero, ¿quién no lo está en el concierto de los países pobres?

La reducción abrupta de los ingresos en moneda convertible entre 1985 y 1986 forzó a Cuba a posponer el pago de los servicios de la deuda y desde entonces el proceso de renegociación ha quedado estancado, con la consiguiente tensión para el país en las finanzas externas. Esto obligó a Cuba a buscar una mayor concentración de los nexos de intercambio con Europa del Este.

Estos nexos sufren, a su vez, una afección progresiva ocasionada por la liberalización mercantil inherente a los proce-

sos reformistas de la región. Ni desde la perspectiva de la deuda convertible se puede prever un desbloqueo de créditos a corto plazo, ni de la proyección del mercado socialista una estabilidad asegurada. Es un pronóstico inevitable a pesar de la clara voluntad de la Unión Soviética de propiciar nuevas fórmulas que permitan mantener al máximo el beneficio recíproco alcanzado en las relaciones. Lo que indica que las posibilidades de remontar la situación en las finanzas externas quedan sujetas esencialmente a los resultados de un programa de recuperación económica interior.

Estos treinta años han aportado al sistema cubano, a despecho de las dificultades, el desarrollo de una infraestructura material más autónoma, más tecnificada y más diversificada de la que poseen muchos de los países del continente. Los índices de calidad de vida proporcionan una población con un nivel educacional incomparablemente más elevado que la media continental. Si en algún momento el país cuenta con un potencial humano y material para resistir tal desafío es en el presente.

Finalmente, los conocidos logros alcanzados en la salud, la educación, el derecho al trabajo y el bienestar social, asequibles en condiciones de igualdad a toda la población, no pueden ser puestos en juego dentro de esquemas económicos cimentados en la ganancia, la acumulación desigual, y la polarización de riquezas. El país no puede arriesgarse a privar a la población de lo que solamente a partir del proyecto socialista ha podido darle. No sólo por razones éticas sino porque esto tiene que ver directamente con el consenso de que goza la Revolución y constituye un ingrediente fundamental para la seguridad nacional.

En tanto vindicación de la singularidad del proyecto cubano, el giro posteriormente bautizado como “rectificación de errores y tendencias negativas” tiene una expresión preliminar fuera de la esfera económica. Se da a los comienzos de la década del ochenta en la concepción de la defensa como responsabilidad social (“guerra de todo el pueblo”) y no pura-

mente sectorial o institucional. La creación de las Milicias de Tropas Territoriales se orienta a rescatar el sentido movilizador, voluntario y nacional con que se creó la Milicia Nacional Revolucionaria que combatió en Girón.

El conjunto de críticas y medidas económicas, políticas y sociales que cobran forma bajo el nombre de “rectificación” a partir de 1986, expresan la decisión de mantener y profundizar el rumbo socialista del proyecto, recuperando valores subjetivos que se habrían extraviado. En cierta forma la solución se busca, como en otros países en los que la sacudida no ha dado lugar a la renuncia de la orientación socialista, en un balance satisfactorio del plan y el mercado, de la centralización y la descentralización, de la democratización y la autoridad política. No cabe duda de que en Cuba la búsqueda actual se efectúa: a) desde la más autónoma de las perspectivas en el plano internacional, b) con un acento creciente de apertura polémica en el plano nacional, y c) a partir de un comprometimiento consensual en el rumbo socialista.

Ante las críticas de centralismo e inmovilización, se les podría señalar que el reforzamiento de las responsabilidades descentralizadas territorialmente y del alcance de la decisión sectorial y empresarial apunta hoy a ser el más elevado desde 1959. Que la materialización de empresas mixtas con capital extranjero, previstas en la legislación desde 1980, comienza a producirse precisamente después de 1986. Que los niveles de discusión de alternativas, tanto en la esfera de la economía como en toda la vida social, son crecientes y se incentiva su aumento.

Pero al propio tiempo se procura la descentralización compatible con la integralidad del plan, con una rentabilidad que no disminuya la dinámica lograda en el bienestar y la justicia social, con una austeridad que no gravite sobre el desempleo y la pauperización.

En los lastres que arroja el balance de estas tres décadas hay que incluir el de ineficiencias administrativas, que van desde la definición misma de prioridades nacionales hasta la desaten-

ción al despilfarro en los sectores productivos, las cuales han comenzado a ser atacadas con acierto desde el sistema del Poder Popular y desde el engranaje vertical. La sola superación de este lastre aportaría niveles de eficiencia cuyos resultados pueden contribuir a compensar, en no poca medida, la incidencia de las borrascas del contexto económico internacional.

La tendencia al despilfarro en la economía capitalista se vincula más con la concentración de la riqueza y el consumo suntuario. La eliminación de la explotación debe hacer que este fenómeno, al perder su base de sustentación, se produzca sólo como deformación recurrente. Su prevención sistemática es imprescindible, y un requisito de consenso, aun cuando su incidencia económica pueda ser desestimable.

Más grave por su peso, y complejo por su naturaleza, es el despilfarro productivo que ha enfermado las experiencias socialistas, desde el seno del taller hasta los más altos niveles de toma de decisiones. En Cuba, donde la inexperiencia del proceso en condiciones combinadas de subdesarrollo y bloqueo ha potenciado el peso de la incertidumbre, la supresión de este obstáculo es condición de la eficiencia. La conciencia crítica que identifica la reflexión rectificadora, tanto como la ponderación en el perfeccionamiento del proyecto, son indicadores de un nivel de maduración administrativa que comienza a hacerse suficiente.

El rol del plan y del control central no debe implicar el abandono del criterio de rentabilidad, sino el aseguramiento de la presencia de este dentro de un equilibrio económico global. Este aseguramiento ha faltado también al experimento socialista cubano, que busca con dispositivos propios un indicador de eficiencia que no descansa en la lógica implacable de la ganancia. No nos parece que el camino de la superación de los reveses de los proyectos socialistas históricos pase por la asunción de esta lógica. Al contrario, ello supone un costo social incompatible con el proyecto mismo.

La solución de superación del esquema adoptado en el seno del CAME en la década del setenta no la vemos en un acopla-

miento a toda costa al engranaje del mercado mundial. Aunque también se trata de mejorar la ubicación en el mismo. Tampoco significa que Cuba retenga un patrón caduco, sino que el desplome de este patrón le ha servido para rescatar la vitalidad polémica, independencia y autoctonía de su proyecto nacional. La coyuntura lo permite y lo demanda, pero también por una constante en la percepción de viabilidad del proyecto cubano presente desde los años sesenta.

La revaloración de prioridades efectuadas en los últimos años debe aportar elementos de relanzamiento, cuyo efecto no podrá ser espectacular debido a la desfavorable situación financiera, pero admite un pronóstico positivo.

En el plano de la economía, la explotación de los recursos turísticos —que se mantenía relegada a un plano secundario— está llamada a convertirse en una de las fuentes más dinámicas de divisas convertibles durante las décadas venideras. El capital técnico acumulado en las ciencias exactas y aplicadas ha comenzado a rendir frutos muy cotizados, en especial en el campo de las industrias vinculadas a la medicina. A la vez un ingente esfuerzo se mantiene en la explotación de los derivados de la caña de azúcar, y en su tecnología, principal producto tradicional del país. El reordenamiento económico interno ha logrado, por el momento, contener un retroceso y mantener el equilibrio, y debe llevar incluso a crecimientos moderados si las adversidades no se hacen excesivas.

Pero el país se prepara también para el peor escenario posible, en la disyuntiva hipotética de que la involución de los esquemas socialistas se generalice en Europa. Se prevé la reducción de los créditos, la baja del precio del azúcar en el mercado mundial, y aun una disminución sensible en el suministro de petróleo. Una situación de tal género obligaría a un nivel de centralización que asegure regímenes irregulares de prioridades. Pero aún en estas condiciones hipotéticas (aunque de ningún modo improbables), caracterizadas como “período especial en tiempo de paz”, la viabilidad del proyecto

cubano es previsible. Por supuesto, con el consiguiente replanteo de los ritmos. Previsible y deseable, dado que en tales condiciones (aún más que en cualquier otra) un retroceso al capitalismo dependiente sería literalmente catastrófico tan sólo por lo que de entrada significaría como deterioro del nivel de igualdad y justicia social existentes.

Avanzar pronósticos más minuciosos y orgánicos en una época tan incierta sería precoz.

Se presenta, en forma convergente al desafío del desarrollo en las nuevas condiciones, el reto de la profundización del proyecto democrático, que el paso de la década venidera debe dejar consolidado.

La Revolución generó desde la victoria misma un espacio de decisión y participación para las masas populares sin antecedentes en el país. El propio liderazgo de Fidel, que los adversarios del proyecto cubano tasan como indicador autocrático, se ha sostenido y se sostiene sobre la base de un consenso social mantenido mediante un sencillo patrón político. El de asegurar siempre por medio de la comunicación personal directa una vía de sometimiento del discurso político al consenso. Independientemente del nivel y las formas de institucionalización de la participación social alcanzados en uno u otro momento, este patrón siempre ha estado presente y normalmente ha sido más explícito, más revelador, y más incitante a la reflexión y a los alineamientos que cualquier otro canal.

No se trata, por tanto, de imposición voluntaria frente al consenso, ni de un caso de perpetuación antidemocrática, sino de un liderazgo que constituye un componente político orgánico del proyecto mismo. Su sello personal tiene mucho más que ver con los niveles de ejercicio democrático alcanzado por el pueblo, que con los defectos e insuficiencias de las instituciones democráticas.

Paradoja del socialismo, que no es posible sin democracia, no haber sido hasta ahora capaz de engendrarla. El sistema de participación popular que debieron asegurar los sóviets (el

poder soviético) se desvaneció a los pocos años de la Revolución de Octubre y es sólo ahora que se inicia su verdadero rescate. Por ello las exploraciones de las revoluciones más jóvenes no cuentan con la referencia de otras experiencias asentadas. Esto explica también que la reestructuración se vea tan asediada por los riesgos de la involución.

En Cuba la institucionalización política administrativa y la conformación de órganos permanentes de poder en 1975-1976 puede valorarse con razón como tardía, ya que por 17 años en la estructuración del sistema político parecían dominar rasgos de provisionalidad. Una buena parte de las entidades nacidas de fenómenos coyunturales merecieron perpetuación por las funciones que realizaban. Otras, en apariencia inamovibles, cedieron a nuevas estructuras.

El largo plazo en que el proceso se desenvolvió al amparo jurídico de una ley fundamental que se reconocía como provisoria, con órganos de poder local muy primitivos y netamente administrativos, con una estructura de gobierno centrada en el Consejo de Ministros, y una relación poco definida en el plano formal, con el Partido, cuya singularidad y rol efectivo en el poder habían sido aceptados desde temprano y respondían igualmente a un consenso social.

Se puede decir que en 17 años hubo indefinición, espontaneidad, voluntarismo. En realidad, se ha dicho. El argumento de que no eran imprescindibles las instituciones porque se funcionó sin ellas, personalmente, lo considero una concesión al pragmatismo. Me satisface más pensar —y creo que es lo cierto— que la provisionalidad y la reticencia se vinculan a una reacción escéptica frente a los modelos que las experiencias socialistas entonces podían brindar.

Durante esos años el ejercicio democrático estuvo ligado a la igualdad como constante del proyecto, que ha sido y es la fuente fundamental de consenso de la Revolución, al patrón movilizativo del liderazgo de Fidel, y al espacio abierto a través de las organizaciones políticas y de masas. Pero no había contado con un canal institucional propio en el sistema político. Y

difícilmente podía haber sido de otra manera en una Revolución naciente bajo amenaza permanente de agresión militar.

Esta figura institucional la aportó la organización de los Poderes Populares (conjuntamente con la adopción de una Constitución más acorde al proyecto social y a la revisión de la división política administrativa del país) en 1976. Ya el primer congreso del Partido celebrado un año antes —también con demora y por lo tanto desvinculado de la fundación de la organización— había propiciado el marco de la definición de las relaciones Partido-Estado y su expresión constitucional.

Tanto el primer Congreso del PCC como la creación de las instituciones del Poder Popular se diseñan y tienen lugar en un momento en que la influencia de las experiencias socialistas europeas era la mayor, y no es posible desconocer una apreciable presencia de los esquemas del Este en el formalismo existente aún en nuestras instituciones. Sin menoscabo de los defectos autóctonos de la experiencia cubana, que también los hay y no son despreciables.

Un análisis de los años de ejercicio que corren hasta el presente muestra formalismo en los órganos colectivos (asambleas), mayor en tanto más elevado es su nivel, que se expresa en el unanimismo de las votaciones, la ausencia de polémica en los debates, la regularidad excesivamente espaciada de las sesiones y un tono ritual generalizado.

Pero en sentido positivo el balance arroja, en primer lugar, que el sistema del Poder Popular se creó y se ha sostenido sobre la independencia y la pluralidad electoral, y los principios de la rendición de cuentas y la revocabilidad. Una esencia portadora de elementos de una democracia nacida del significado mismo del consenso en el proceso revolucionario cubano.

La selección de candidatos sin la intervención del Partido no sólo asegura espontaneidad al proceso electoral sino que evita una acción limitante de la determinación partidaria sobre la gestión democrática, que junto al requisito de presen-

tación de más de un candidato asienta al sistema sobre una óptica pluralista.

La rendición de cuentas y la revocabilidad constituyen el pilar del nexo de sometimiento de la gestión del elegido a sus electores. Aunque estos principios están muy lejos de dar aún lo que cabe esperar de ellos, son coordinadas estables para transformaciones que se abren en la vertiente de profundización del esquema democrático.

Es necesario diferenciar también el alcance logrado en la participación en las instancias de base, con respecto al nacional. Es en los órganos locales del Poder Popular donde de manera más efectiva se ha logrado que las instituciones se hagan expresivas de un proceso democrático. En el municipio (sobre todo en los pequeños) el órgano local es realmente gobierno, y la participación de la población es más activa.

De modo que, sin estar exento en medida importante de la necesidad de rectificación y de completamiento, en el proyecto democrático cubano, a diferencia de lo que sucedió en los procesos de Europa oriental, ha predominado una participación activa de la sociedad civil en la política nacional. Lo que es mucho más importante en la definición de la democracia, que el grado de perfección de las instituciones en que se materializa.

De ahí que el debate que se plantea hoy en Cuba no sea para dar respuesta a una demanda de creación de instituciones alternativas a las que la Revolución ha creado, sino para hacer que estas den el máximo de sí y relevarlas sólo cuando se haga claro que no responden a los objetivos del proyecto.

También aquí la legitimidad la asegura el consenso. Si las reivindicaciones de las masas pasaran por otro género de transformaciones, el sistema político tendría que acoplarse a ellas. Pero carece de sentido asumir reivindicaciones generadas en otras realidades.

No sólo aludo a las realidades eurorientales sino también a las de América Latina, donde la tendencia reduccionista del

peso de la gestión estatal dentro del modelo liberal minimiza la capacidad de conducción a largo plazo, la ejecutividad, y la estabilidad misma de las nuevas democracias, que varios teóricos del continente han hecho bien en calificar de “restringidas”. Lo son desde el exterior y por el comportamiento empresarial, restricciones estas de las que está exento el proyecto nacional cubano.

En resumen, aun en la compleja situación actual, podemos afirmar que el socialismo cubano es viable. Y viable en la elaboración de un proyecto nacional de desarrollo, democrático. La otra alternativa sería la del capitalismo dependiente y la democracia restringida, y sería contraria a la vez a la prueba de la historia y a la del consenso. No hay para Cuba una tercera alternativa.